

UNA TENTACIÓN DE LOS TRADUCTORES: EL REFUERZO Y LA ATENUACIÓN EXPRESIVOS

Otilia LÓPEZ FANEGO
Madrid

La importancia de la traducción, actividad milenaria de indiscutida necesidad cultural, viene suscitando, cada vez más, el interés de los lingüistas especializados que se esfuerzan por estudiar y clarificar los problemas que presenta a fin de llegar a resolverlos en un mundo cada día más necesitado de intercomunicación en todos los aspectos.

Por nuestra parte, el ejercicio de nuestra profesión nos ha llevado a reflexionar no solo acerca de los problemas lingüísticos de carácter práctico, propios de la traducción, tarea de la que es un lugar común decir que es tan útil como ingrata — "desesperada"— la ha llamado Francisco Ayala, sino correlativamente acerca de la importancia que, desde el punto de vista de vehículos de ideas que son las traducciones, pueden presentar sus desviaciones respecto del original. Debido a la lógica escasez de tiempo de que disponemos, mis ejemplos procederán únicamente de la comparación de originales franceses y de sus respectivas versiones a nuestra lengua.

Ante la imposibilidad de traer aquí una relación completa de las posibles desviaciones que acechan a los traductores, me limitaré solamente a dos, entre las muchas que presenta el arte de traducir. Me refiero al refuerzo y a la atenuación expresivos.

Por regla general puede decirse que todo buen traductor siente un afán de lograr transmitir lo mejor posible el mensaje original y ello le lleva, más o menos inconscientemente, al refuerzo expresivo. Además es frecuente que la compenetración del traductor con el pensamiento del autor, le impulse igualmente a explicarlo, a veces diluyendo lamentablemente el texto original y otras insistiendo y repitiendo innecesariamente, lo ya expresado. Otro tanto diremos respecto de la atenuación del

vigor que brota de un original y que fácilmente logrará el traductor con los mismos procedimientos que proporcionan el refuerzo expresivo, empleados, claro está, en sentido contrario, es decir, ante una idea enérgica, una traducción más suave y ante una expresión débil, una versión más fuerte. Asimismo la disconformidad con el autor puede llevar al traductor a reducir la firmeza del pensamiento original. Por lo que hemos podido comprobar es corriente que ambas desviaciones se produzcan en una misma obra, de acuerdo con la mentalidad del traductor.

También hay que tener presente que existen autores que por su íntimo modo de ser, por su propio carácter y gusto estético, prefieren exponer sus ideas como sugerencias, solicitando la adhesión del público discretamente, en la seguridad de que un lector inteligente captará sus intenciones profundas y se complacerá en hacer suyas las ideas que tan hábilmente ha expuesto. Dámaso Alonso ha dicho pertinentemente cómo “aun en las frases más sencillas el oyente intuye inmediatamente la densa carga, el rico contenido complejo de su significado”.¹ Por eso, me permitiré añadir, casi siempre leemos entre líneas y la resonancia que deja en nosotros una lectura es mucho más honda —aunque esta hondura varíe según los lectores— de lo que la fría sucesión de las palabras, desprovistas, si ello fuera posible, de toda carga afectiva, pudiera hacer sospechar. Por esta razón puede ocurrir que el traductor, olvidándose de transmitir exclusivamente, mediante la elección de la forma adecuada, esa delicadísima y compleja unión íntima entre el significante y el significado, haga predominar en su trabajo su personalidad de lector y yendo más allá de la levedad de las palabras originales, alcance a expresar la densidad de la idea que las ha inspirado. Cuanto mejor y más hábil es un traductor, más insignificantes pueden parecer los refuerzos y las atenuaciones y sólo su acumulación a lo largo de toda una obra da como resultado que la impresión que recibe el lector difiera de la que recibiría leyendo el original.

Tanto el refuerzo como la atenuación se consiguen, generalmente, cambiando los lexemas o léxico portador del significado, sustantivos, adjetivos calificativos y verbos principalmente. No se olvide que no existiendo sinónimos puros, incluso el uso de éstos para evitar repetición o monotonía, puede alterar el grado de expresividad. En segundo lugar señalaremos el hecho de cambiar los morfemas gramaticales, sobre todo las conjunciones. Incluiremos aquí bastantes adverbios que modifican extraordinariamente el significado de los lexemas, sobre todo el de

(1) Dámaso Alonso, *Poesía española*, Madrid, Gredos, 1957, p. 26.

los verbales. Tienen igualmente interés los cambios de demostrativos, posesivos, pronombres personales, artículos y número gramatical. Mención especial merecen las substituciones de los morfemas verbales, tanto por su eficacia como por su frecuencia. Así los cambios de tiempos, modos, formas impersonales por formas personales y viceversa, supresión de la voz pasiva original y cada vez menos usada en nuestro idioma, empleo de los verbos españoles de movimiento —una constante de nuestra lengua— y toda la variedad y riqueza que representan los verbos semiauxiliares con su abundante gama de matices afectivos en nuestro idioma. Así pues, los morfemas gramaticales son, en cierto modo, como catalizadores, capaces de transmitir o provocar en los lexemas y en otros formantes de su entorno complejos valores subjetivos, múltiples gradaciones expresivas, variables en cada contexto.

Harald Weinrich, en su interesante y minucioso estudio acerca de la *Estructura y función de los tiempos en el lenguaje*, llega a la conclusión de que unos tiempos verbales predominan en los escritores y géneros literarios menos comprometidos, tales como la novela, por ejemplo, y otros, en cambio, abundan más en obras polémicas y de tendencias renovadoras, como son las comprendidas en el género del ensayo. Aquellas formas verbales las considera propias de lo que llama “el mundo narrado” y éstas últimas propias de “el mundo comentado”.²

Y no deben olvidarse tampoco las supresiones para lograr mayor concisión ni los añadidos explicativos, los cambios de puntuación, el uso o no de la interrogación retórica, el prurito de embellecer el texto, cuando precisamente sus valores estéticos atraen la adhesión del destinatario y tantas otras posibilidades estilísticas que refuerzan o atenúan la expresividad y que sería enfadoso reseñar aquí ya que están en la mente de todos.

Señalemos igualmente una dificultad que hará mucho más dura la labor de los traductores: nos referimos a la versión de obras antiguas, lo suficientemente alejadas en el tiempo para presentar unos escollos específicos. Tales son los cambios semánticos sufridos por las palabras, debidos a la evolución política, social y cultural a través de los siglos. Aunque exista la misma palabra en ambos idiomas puede suceder que su evolución semántica haya sido distinta y su significado, actualmente, no sea el mismo. Todas estas variantes influirán en la expresividad.³

(2) Harald Weinrich, *Estructura y función de los tiempos en el lenguaje*, Madrid, Gredos, 1968, cap. III, p. 61

(3) Otilia López Fanego, “En torno a la primera traducción de Montaigne al español”, *Nueva Revista de Enseñanzas medias* 6 (1984), pp. 79-89.